



Oficio de escribir

COMO UN LUCERO

Nieves García Manzaneque

Escritora

A veces la ensoñación se trasformaba en algo muy parecido a una culpa. La mentira más débil y más cobarde. Pues una cobardía era encajarla al fin en su propia vida:

«Querido Karl, fijate que hasta te recordé bastante a ti y a nuestro viejo Heidelberg, en mi último viaje europeo. Más no quise llegar... Para dejarlo allí, ¿comprendes? Para que quedase intacto todo lo que fue; intrasferible al tiempo, la más ilusionada época de mi vida.

La nostalgia —lánguida compañera de viaje— no me impidió llegar hasta el Adriático. Creo que supiste de mi pasión por las ruinas blancas, por los palacios dolientes, enfermos de historia y de belleza...»

Llegaba el tráfago de la cocina. Y con él un apestante olor a sardinas friéndose. Levantó la cabeza del block, toda cargada de sol de Italia. Tardaría muy poco en nublarse aquel sol; la realidad era tenaz y más fuerte.

«Dejando a un lado la archirresabida ciudad de las palomas, quise contemplar el mar desde ese anfiteatro prodigioso, desde donde los hicieran romanos, ostrogodos, bizantinos y longobardos...»

Sonaban las campanadas de la Encarnación. Quedose por un momento en suspenso. Huían las reverberaciones adriáticas. Miraba aún sin ver, a través del mezzquino balcón, aquel horror de las casas vecinas. Demasiadas veces ya lo había sentido en su carne. Día tras día, año tras año, habíanse sumado en su ánimo todos los hastíos, todas las protestas, todas las rebeldías hasta formar una especie de bloque inamovible. Estaba allí. Eso era todo. La pequeña plaza era un encajonamiento de fealdad, de vejez y de miseria. Su color estaba muy próximo al negro. Era el resultado de un adiconamiento de humos, hollines y polvo de trabajados laboriosa y tenazmente por la humedad y la lluvia sobre las fachadas de los edificios, ya pobres de origen, durante aproximadamente un siglo.

«¡Ah! Karl, pero mi mejor descubrimiento fue Alleghe al pie de la Civeta...»

Insistía, atroz, el olor de las sardinas. Las voces de su madre y de su hermana, los golpes metálicos de las cacerolas... Hasta de la escalera le llegaba un estruendo nuevo. Chiquillos que bajaban en aluvión, como un torrente.

¡Cómo no se matarían los muy bárbaros, en aquellas, por lo gastadas y obscuras, terribles escaleras!

Hizo un esfuerzo para retener el éxtasis que se desvanecía. Un lago volviéndose violeta sin poder evitarlo. Una brisa enriquecida por bosques... Unas cumbres que se obstinaban en aparecer aisladísimas, recogiendo el pálido rescoldo la última mirada del poniente. Su mente no daba con el punto de adición el resto de la masa, no daba en formar el imponente conjunto que debía asentarse sobre la mansa agua. Sólo un conjunto de planos sobreponiéndose unos a otros como difusas diapositivas...

Buscó y encendió un cigarrillo rubio —único gesto del día con cierta reminiscencia de lujo y exotismo—. «¡Alleghe!» suspiró, y esta vez definitivamente, el ligero ruido de una llave dando la vuelta a la cerradura le despojó rudamente del último girón de encantamiento.

Inevitablemente levantó la vista, preñado el cuerpo de irritabilidad defensiva. Vió abrirse, al mismo tiempo que la puerta, una sonrisa en el rostro de teca de su cuñado.

—¡Hola, majo! ¿Qué, currelando?

Algo le impidió hablar. Estaba cargado al máximo como una pila nueva. Temía realmente una descarga al menor descuido. Una lenta bocanada de humo sirvió de pausa y de disculpa.

El hombre tenía la cara curtida por la intemperie. «Un chico formal y trabajador». Un modelado suelto, esculpido por una vida elemental, sin actitudes estudiadas. Los gestos como medidos, no preparados sólo quedaban cortados ante él.

El hombre volvió a sonreír, esta vez con la mitad de fuerza.

—Merche en la cocina ¿no?

Esta cortedad, sin saberlo él, era su única arma. La que terminaba por vencer al otro.

—Allí la tienes.

Pero no había podido nunca serle cordial del todo. Iba aglutinando condescendencias y condescendencias como único camino abierto o no sabía hacia dónde. ¿Caminaba hacia su hundimiento definitivo o hacia su liberación? Aquel hombre había hecho su vida aún más incómoda, su miseria más complicada. «¿Para qué se habrá casado ese imbecil?» Se volvían al final los resquemores hacia ella. Siempre había sido



Oficio de escribir

vulgar, ordinaria... Ni siquiera había pasado por su imaginación esperar algo mejor. «Hijo, de momento —su madre— podías cederles la alcoba y dormir tú en el mueblecama...» Se le negaba, pues, el anteuúltimo alivio —el sueño no podían quitarle— a su cansancio, a su dolor, a su hastío.

Habíanse deslizado dentro, mansas, las sombras arrojando los hacinados muebles. Fuera, aun el cielo de una ceniza blanquizca, se resistía a la noche. Pero la paz de este crepúsculo de ciudad, un crepúsculo pobre, iba a verle en su inocencia.

El enemigo avanzaba, cordial en su inocencia.

—Que dice Merche, que ha estado Manolo antes. Me voy a acercar un momento ahí en eso... De seguro que está ande el Chato... ¿Por qué no vienes conmigo?

Las sombras ocultaban también un desprecio.

—No, vete tú.

Al mismo tiempo que envalentonaban al otro.

—¡Anda hombre, ámate! Si es un momento, en lo que terminan de preparar la cena...

Si aquel hombre se hubiera acercado a su nivel mental, hubiera podido estallar diciendo lo que pensaba de ciertas animaciones. De la estúpida costumbre de reunirse a beber vinazo, de aquellos seres embrutecidos, como si fuera algo divertido e importante. Pero hubiera sido perfectamente inútil. El silencio era su único baluarte.

El resto de la armada avanzaba también. Su madre, su hermana, invadieron junto con la luz eléctrica, el estrecho comedor. El destierro era, de todas las maneras, inevitable.

Con un ánimo lúgubre, próximo a la desesperación dijo:

—Anda vamos.

Se esponjaban todos los felices sin ver su forzado sacrificio. Su madre echaba los cuatro platos toscos sobre el plástico que cubría la mesa.

—Anda, hombre, así te da un poco el aire... Todo el día en la oficina y luego aquí metido...

Llamaban aire a aquel pobre oxígeno recomido y ultrajado, al que escupían los mil humos de las factorías y talleres, de los tubos de escape de las infinitas máquinas que al cabo del día pisaban y obstaculizaban la calzada. ¡Aire!

El bar del Chato era también viejo, lóbrego durante el día. Solo expansivo y semi-claro en la noche. Uno de tantos en las estrechas calles, a las que robaban su silencio, su paz de vejez.

Carcajadas rudas, tan altas que eran una idiotez por sí mismas. Fanfarronadas, pobres bobadas triviales, dichas con tanta fuerza como si fuesen a transformar el mundo. Todo ello alentado, envuelto, dicho y conservado a través del vino. Nunca había podido ver otra cosa en las reuniones de aquellos hombres que normalmente no llegaban a embriagarse.

—¡Hola, vienes tu también! Me parece muy bien, chaval...

El Manolo un principio de nauseas. Quería despreciarlos a todos, pero algo en el fondo se lo impedía.

—¡Hala, chaval! Esto no hace mal a nadie. ¿No estás acostumbrado a alternar?

¿A qué llamaba alternar aquella pobre gente? Tal vez no fuera desprecio lo que sentía. Más bien pena...

—¡Mi cuñado, hombre! ¿No le conoces? —El rostro de teca estaba radioso, trasfigurado— ¡Este es un señorito!

Por un momento le atacó la vanidad del cuello y la corbata. Pero cuando levantó de nuevo el brazo para coger su «chiquito», apercibió sus puños raídos. Parecía ahora la compasión converger hacia sí mismo. ¿Quién era él en realidad; a qué mundo pertenecía? Aquellos hombres de cuello desabrochado, una cierta legitimidad.

—Otra, Chato. Ahora me toca a mi.

Eran legítimos. Vulgares, pero legítimos. Como son legítimas las piedras o la madera.

—Que está esto muy «bautizao»... Otro trago, hombre, ni lo sientes.

Eran también cordiales. Tal vez más humanos que él. Pero no podía impedirle de sentir pena. Ya no sabía bien por quién.

Cuando salieron de la callejuela y toparon con la mole de San Antón, una especie de dolorosa reconciliación le unía de misteriosa forma al marido de su hermana.

—Si es verdad lo del aumento, con eso y las «chapuzas», ahorramos para la entrada del piso...

Un desgarrón de nube por encima de la arcadas del templo dejaba en evidencia un lucero. Chiquito, melancólico, tan lejano... Lo contempló un instante y sintió en el alma cuagularse la nostalgia. Siempre le habían dejado las estrellas sobrecogido y anhelante. Siempre habían sido para él un descubrimiento. Como un derrumbamiento del muro de la rutina. Y en el peor de los casos su pura y misteriosa luz habíale puesto respetuoso.

—No teneis tanta prisa, hombre...

Cuando después de los trasiegos de la cena, de los deseos de unos, de los afanes de otros, de los ritos de todos los días, el comedorcito volvió a ser su mísero y eventual reino, descubrió como la brusca vuelta de una inquietud o de un escrúpulo, el olvidado block. «Querido Karl...» Junto a él un pequeño libro. En la portada de llamativos colores, entre una villa de Palacio, el trasfondo de un paisaje alpino y el negro perfil de una góndola: «Veneto, Trentino, Alto-Adigio». «¡Idiota!» se dijo con la vehemencia y la rapidez de una oleada sanguínea. Pero este desprecio sobre sí mismo se retiró con la resaca de la sangre. Un deseo, un anhelo de belleza, merece cuando menos, cuando menos, un poquito de respeto. Como un lucero...